

Sábado 1 ° de octubre  
Sesión de los Servicios de  
Bienestar

# Los Servicios de Bienestar: EL EVANGELIO EN ACCIÓN

por el presidente Spencer W. Kimball



**E**l cantar el himno "¡La Proclamación!" (*Himnos de Siba*, N°252), me remonta a varias generaciones. Mi querida madre, quien falleció estando yo en la infancia, solía canturrearlo mientras se dedicaba a preparar nuestras comidas

y los quehaceres de la casa. Por esa razón me es tan especial.

Me complace reunirme con vosotros a fin de considerar nuestros convenios, nuestros deberes, nuestras bendiciones, y para conocer la voluntad de nuestro Padre Celestial.

Mientras consideraba mis comentarios para esta sesión de los Servicios de Bienestar, se me ocurrió que si calculáramos una generación como un período de cuarenta años, quiere decir entonces que ya habría pasado una generación entera desde el establecimiento de esta gran obra de bienestar en octubre, de 1936. Por mi memoria desfilaron los nombres de los grandes líderes que llevaron adelante este esfuerzo: los presidentes Heber J. Grant, J. Reuben Clark, David O. McKay, Henry D. Moyle, Harold B. Lee, Marión G. Romney, y muchos que serían muy numerosos para nombrar. Igualmente han acudido a mi memoria sus consejos y sus enseñanzas de las Escrituras.

Mientras examinaba sus contribuciones y el tremendo progreso de la Igle-

sia en los Servicios de Bienestar, me tocó con esta pregunta: ¿Tienen nuestros miembros actuales, y más particularmente nuestros directores regionales de estaca y barrio, *la misma comprensión en cuanto a los Servicios de Bienestar y la misma dedicación a esta obra que las personas de la generación anterior?*

Me siento obligado a convenir con la opinión del presidente Romney en cuanto a esto, cuando hace varios años, en una reunión de instrucciones para las Autoridades Generales, declaró:

"Del mismo modo que 'se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José' (Éxodo 1:8), así se ha levantado en la Iglesia una nueva generación de obispos y presidentes de estaca, a quienes no se les ha enseñando y capacitado como se hizo con sus predecesores." (*The Basics of Church Welfare*, Marión G. Romney, 6 de marzo de 1974.)



A causa del tremendo significado de este gran Plan de Bienestar, consideré apropiado volver a exponer las verdades fundamentales de esta obra y recalcar la manera en que debemos aplicarlas en esta época. Espero que, de ser posible, podamos intensificar la herencia espiritual que hemos recibido y, edificando en ese fundamento, alargar el paso en nuestros esfuerzos por poner el plan en práctica.

Desde la primera dispensación en esta tierra, el Señor ha requerido de su pueblo que cada uno ame a su prójimo como a sí mismo. En cuanto a la generación de Enoc se nos dice:

"Y el Señor bendijo la tierra, y fueron bendecidos sobre las montañas, y en los lugares altos, y florecieron.

Y el Señor llamó a su pueblo SION, porque eran uno de corazón y voluntad, y vivían en justicia; y no había pobres entre ellos." (Moisés 7:17-18.)

En todo el Libro de Mormón encontramos líderes enseñando a las generaciones esta verdad; uno de esos ejemplos son las palabras del benévolo rey Ben-

"Y ahora, por el amor de estas cosas que os he hablado, es decir, por el amor de retener la remisión de vuestros pecados de día en día, a fin de que andéis sin mancha ante Dios, quisiera que de vuestra substancia dieseis al pobre, cada cual según lo que tuviere, así como alimentar al hambriento, vestir al desnudo, visitar al enfermo, procurando su alivio, tanto espiritual como temporalmente, según sus necesidades." (Mosíah 4:26.)

En 4 Nefi, vemos las bendiciones que recibieron los nefitas a medida que desterraron el egoísmo y prosperaron en perfecta rectitud durante cuatro generaciones. ¿Quién no se emociona al imaginar este cuadro del ideal de Sión:

"Y tenían en común todas las cosas; por tanto, no había ricos ni pobres, esclavos ni libres, sino que todos tenían su libertad y participaban del don celestial...

Y no había envidias, ni contiendas, ni tumultos, ni fornicaciones, ni mentiras, ni asesinatos, ni lascivias de ninguna clase; y ciertamente no podía haber pueblo más dichoso entre todos los que habían sido creados por la mano de Dios." (4 Nefi 3, 16.)

Hace ya varias generaciones que el Señor expuso de nuevo sus preceptos para la Sión moderna en ésta, la última dispensación, cuando dijo:

"Y estime cada hombre a su hermano como a sí mismo, practicando la virtud y la santidad delante de mí.

Y de nuevo os digo, estime cada hombre a su hermano como a sí mismo.

¿Qué hombre de entre vosotros.. si teniendo doce hijos que le sirven obe-

dientemente, y no hace acepción de ellos, dijere a uno: Vístete de lujo y siéntate aquí; y al otro: Vístete de harapos y siéntate allí, podrá luego mirarlos y decir soy justo?

He aquí, esto os lo he dado por parábola, y es aun como yo soy. Yo os digo: Sed uno; y si no sois uno, no sois míos."

(D. y C. 38:24-27)

El presidente Joseph F. Smith predijo el restablecimiento de la obra de bienestar en 1900, cuando nos recordó:

"Debéis continuar teniendo presente que lo temporal y lo espiritual están mezclados. No son separados; uno no puede continuar sin el otro, en tanto que este-mos aquí en la mortalidad.

Los Santos de los Últimos Días no sólo creen en el evangelio de salvación espiritual sino también en el evangelio de salvación temporal. Nosotros no creemos que sea posible que los hombres sean cristianos realmente buenos y fieles, a menos que también puedan ser personas buenas, fieles, honradas e industriosas. Por lo tanto, predicamos el evangelio de industria, el evangelio de economía, el evangelio de sobriedad." (*Cospel Doctrine*, Deseret Book, págs. 208-209.)

De tal modo, podéis ver que cuando la Primera Presidencia volvió a enunciar estos preceptos en 1936, en la forma del actual Plan de Bienestar, simplemente estaba extendiéndole a esa generación una oportunidad más completa para establecer el ideal de Sión. En esta generación, sus palabras quizás tengan un significado aún más profundo:

"Nuestro propósito principal", dijo la Primera Presidencia, "era el establecer, tan pronto como fuese posible, un sistema mediante el cual se pudiera acabar con la maldición de la ociosidad, se abolieran los daños de la limosna, y que la independencia la industria, la frugalidad. y el autorrespeto se establecieran una vez más entre nuestra gente. El designio de la Iglesia es ayudar a la gente a ayudarse a sí misma. El trabajo ha de ocupar nuevamente el trono como principio gobernante en la vida de los miembros de la Igle-

sia." (*Conference Report*, octubre de 1936, pág. 3.)

No hay lugar a confusión con respecto a su propósito; y, a pesar de que muchas veces se considera como algo de naturaleza temporal, debemos entender claramente que esta obra es profundamente espiritual. Se centra en la gente y es inspirada por Dios, y como lo expresó el presidente J. Reuben Clark, en una reunión especial de presidencias de estacas:

"El verdadero objetivo del Plan de Bienestar es la edificación de carácter en los miembros de la Iglesia, tanto en los que dan como en los que reciben, destacando todo aquello que sea de valor en lo más profundo de su ser, y sacando a florecer y dar fruto la riqueza latente del espíritu, lo cual después de todo es la misión, el propósito y la razón de pertenecer a estalglesia."

AL viajar y visitar a los miembros por todo el mundo, reconocemos que existen tremendas necesidades temporales en nuestra gente; y al mismo tiempo que añoramos ayudarlos, nos damos cuenta de la importancia vital de que aprendan esta gran lección: que el logro más elevado de espiritualidad se adquiere cuando conquistamos la carne. Cuando exhortamos a nuestros miembros a que atiendan a sus propias necesidades, estamos ayudándoles a fortalecer su carácter.

Cuando el dador logra controlar sus propios deseos y ver claramente otras necesidades a la luz de sus propias privaciones, los poderes del evangelio se ponen de manifiesto en su vida; también aprenden que viviendo la gran Ley de consagración aseguran no sólo la salvación temporal sino también la santificación espiritual.

Y cuando un recipiente recibe con agradecimiento, se regocija en saber que en la forma más pura de vida —en la verdadera Sión— uno puede participar de la salvación tanto temporal como, espiritual; y en esta forma, se sienten motivados a proveer para sí mismos y poder compartir con los demás.

¿No es ese plan algo hermoso? ¿No os

ra "defensa y... refugio de la tempestad" (D. y C. 115:6). Pero si vivimos sabia y prudentemente, estaremos tan seguros como en la palma de Su mano.

Espero que en nuestros quórumes del Sacerdocio y en las reuniones de la Sociedad de Socorro se estén enseñando adecuadamente los conceptos de preparación personal y familiar, con la clase de actitud positiva a la cual todos responderemos.

Enseñemos también nuestras obligaciones respecto a la ley del ayuno. Cada miembro debe contribuir con una generosa ofrenda de ayuno para el cuidado de los pobres y los necesitados; dicha ofrenda deberá ser por lo menos el valor de las dos comidas de las que se abstuvieron durante el ayuno.

"Algunas veces somos un tanto tacaños y calculamos exactamente el valor de lo que habríamos comido para el desayuno, y luego damos esa cantidad al Señor. Pero yo creo que cuando estamos en una posición económica relativamente buena, debemos ser muy, muy generosos...

Creo que deberíamos dar... en vez de la cantidad ahorrada en las dos comidas, de las que nos abstuvimos durante el ayuno, mucho más; quizás diez veces más, si estamos en condiciones de hacerlo." (*Conference Report*, octubre de 1974, pág. 184.)

Por mucho tiempo, las ofrendas de ayuno han constituido los medios por los cuales se han cubierto las necesidades de los pobres del Señor. Pero el deseo y el objetivo de la Iglesia ha sido y es ahora, obtener de las ofrendas de ayuno los fondos necesarios para afrontar las necesidades del programa de bienestar; y obtener de los proyectos de producción todos los productos necesarios. Si donamos generosas ofrendas de ayuno, aumentará nuestra propia prosperidad, tanto espiritual como temporal.

Alejándonos ahora de las responsabilidades personales y familiares hacia las actividades formales de bienestar de la Iglesia —a las que algunas veces se hace

referencia como la *Preparación en la Iglesia*, pero quizás mejor conocidas como *Sistema de Recursos de Almacén*— permítidme recalcar brevemente varios puntos:

1. Haced arreglos adecuados para que aquellos que reciben ayuda de la Iglesia trabajen o sirvan por lo que reciben de acuerdo con sus habilidades.

2. Utilizad un sano discernimiento en adquirir y manejar vuestro proyecto de producción de bienestar. Sed frugales y actúa honestamente con los miembros. Recordad que el resultado más importante de nuestro programa de bienestar, no es la comida y artículos que producimos, sino el desarrollo personal que logramos, tanto dadores como recipientes.

3. Guíaos por el Espíritu, a fin de poder discernir hasta qué grado las personas solas y las familias deberían atender a sus propias necesidades.

4. Hasta el mayor grado posible, utilizad personas locales de recursos.

5. Por último, efectúa regularmente reuniones eficaces del Comité de Bienestar en todos los niveles administrativos.

Hermanos y hermanas, teniendo presente estos pensamientos, quisiera exhortaros a seguir adelante en esta gran obra, pues es mucho lo que depende de nuestra buena voluntad para reconocer, colectiva e individualmente, que nuestra presente actuación no es aceptable ni para nosotros, ni para el Señor.

Vosotros, líderes, que actualmente os encontráis sirviendo, sois tan grandes o más grandes que los de la generación pasada. Aprended bien vuestras lecciones, emulad al Salvador en vuestra vida, sirviendo y consagrando, venciendo temporalmente, a fin de que podáis llegar más alto en un plano espiritual.

Si todos trabajamos de esta manera, entonces se escribirá de nosotros que "ciertamente no podía haber pueblo más dichoso entre todos los que habían sido creados por la mano de Dios".

Es maravilloso estar comprometido en esta obra y recibir la inspiración de la misma. Os testifico de ello en el nombre de Jesucristo. Amén.